

¿EN MANOS DE NUESTRO FUTURO O CON EL FUTURO EN NUESTRAS MANOS?

Celia Santiago García Bayo



Capítulo 1

"Actualmente vivimos en una sociedad cambiante, donde "hoy" y "mañana" pueden ser términos tan opuestos como la noche y el día o tan similares como dos hermanos gemelos. Sin embargo, al igual que dos motas de polvo fundidas en el oscuro manto que cubre las antigüedades, la noche y el día se funden individualmente para dejar paso así a la siguiente etapa. El amanecer da paso al día y el atardecer tiende una apacible mano a la noche, permitiendo así la eterna sucesión de ambas etapas. Así pues, del mismo modo que el atardecer no es más que un antecedente de la noche, la llegada del coronavirus no fue otra cosa que el aviso de la futura oscuridad que nos acechaba.

Pronto nos dimos cuenta de que esta oscuridad no era sino un sentimiento temporal y no permanente, como nuestro entorno nos hacía creer. Es por ello que dejamos de lamentarnos por lo inevitable y comenzamos a tomar medidas contra lo verdaderamente evitable. Dejamos de aislarnos en nuestro interior para permanecer atentos al mundo exterior. En compañía de los nuestros. Unidos.

Se nos pidió que permaneciéramos en casa y el 14 de marzo comenzó el estado de alarma en España. Tan solo cuatro meses más tarde del inicio de la pandemia, la vida en medio mundo parecía haberse paralizado, como si un reloj para parar el tiempo hubiera sido inventado.

La gente entraba en un proceso de negación y la velozmente cambiante realidad comenzaba a antojarse apocalíptica. No tardamos en darnos cuenta de que, pese a no por siempre, permaneceríamos en casa mucho más de lo que nunca habíamos estado.

Justo cuando el caos se empezaba a desatar, una frase apareció en Italia y comenzó a tranquilizar a la gente del resto del mundo por las redes sociales:

"A nuestros abuelos les pidieron que fueran a la guerra. A nosotros sólo nos piden que nos quedemos en casa".

Todo pareció calmarse. Apareció la verdadera identidad de cada persona y los medios de comunicación sacaron a la luz el lado más humano de muchos de los miembros de nuestra sociedad. La solidaridad lo inundó todo. No existía hueco alguno para el egoísmo.

La gente esperaba impaciente el regreso de los abrazos y besos, del contacto con el exterior. Y aunque algunos alimentaron más a su lado

irresponsable, la gran mayoría respetó la cuarentena.

La esperanza no se perdió y, juntas nuestras fuerzas, nos volvimos invencibles. Extrajimos lo bueno de lo malo y el amor propio nos reconstruyó. Actos tan simples como lavarse las manos, ponerse una mascarilla o permanecer en casa, se convirtieron en las mejores armas para luchar contra el asesino. Comenzamos a valorar los más ínfimos detalles y dejamos de dar por hecho las cosas. Aprendimos a vivir intensamente cada día y nuestras sonrisas brillaron más que nunca con nuestra propia luz interior. Nuestros ánimos seguían en pie, como soldados en batalla y el endeble castillo de naipes que nos enseñaron a ver, demostró ser una sólida fortaleza que no cedería ante un simple soplo de aire. El miedo se esfumó. El amor y el cariño derrotaron a su ejército y la mente derribó las dudas. Permanecemos unidos. Todos. Y nuestra panacea fue el humor. Alzamos la cabeza bien alta, pero, sobre todo, alzamos nuestro corazón.”

Depende única y exclusivamente de nosotros el que ésta se convierta en la esperanzadora carta de una madre a su hijo en el transcurso de unos años o, por el contrario, tan sólo en un reflejo de lo que quisimos llegar a ser.

Salva vidas. Ten paciencia. Demuestra estar en la segunda fila de batalla y respeta a los guerreros que luchan en la primera...Quédate en casa.

Porque, al igual que el amanecer nos anuncia la llegada de un nuevo día, la vuelta progresiva a las calles simboliza el nuevo renacer.

CELIA SANTIAGO GARCÍA-RAYO